

Dale nomás... Misterios y revelaciones de un clásico rioplatense



Laura Malena Kornfeld

UBA - UNGS - CONICET / laura_malena@yahoo.com.ar

Fecha de recepción: 23 de agosto de 2015. Fecha de aceptación: 3 de febrero de 2016.

Resumen

El presente trabajo se propone dilucidar los distintos usos y significados de *dale*, una de las interjecciones más características del español rioplatense, para lo cual estudia detalladamente los procesos de gramaticalización que se originan a partir de una forma verbal en imperativo. Se reconocen diversos usos (generales al español, compartidos en América o restringidos al Río de la Plata/ Cono Sur), en los que *dale* puede funcionar alternativamente como una interjección o una partícula con valores que remiten al aspecto (cuando indica una iteración) y, sobre todo, al modo, sea deóntico o epistémico (i.e., valores de reprobación, ánimo, apuro, asentimiento, pedido enfático, propuesta real o contrafáctica, incredulidad).

Palabras clave

dale
gramaticalización
modo
aspecto
español rioplatense

Abstract

This paper proposes to analyse the different uses and meanings of *dale*, one of the most characteristic interjections of River Plate Spanish. For this purpose, we study in detail the processes of grammaticalization originated from an imperative verbal form. We recognize different uses (corresponding to general Spanish or either restricted to America or River Plate / Southern Cone), in which *dale* can function as an interjection or a particle with meanings related to Aspect (when it indicates iteration) and Mood, deontic or epistemic (i.e., values of encourage, urge, affirmation, emphatic request, (realistic or counterfactual) proposal, reprobation, incredulity).

Keywords

dale
grammaticalization
Mood
Aspect
River Plate Spanish

—Sentime che: ¿Dale que ya no vale más tirar de arriba?

Recuerdo aquel extraño verbo “dale”, que se conjugaba solamente en segunda persona y en modo imperativo sobrecargado de hábito subjuntivo y que llamé *modo contractual* cuando, demasiado tarde, caí en la cuenta de que el

conocimiento de la gramática dispone la escucha más que ese abuso de metaplasmos y filología naiv puesto de moda por la psicología-ficción francofreudiana. (Fogwill, “Nota biográfica”, reproducida en *Los libros de la guerra*)

El famoso verso (o medio verso, si contamos en la misma línea el ¡*Dale que va!*!) de “Cambalache” encubre dos de los misterios más conspicuos del español argentino: *dale* y *nomás*. Con múltiples usos y fronteras tenues entre valores semántico-pragmáticos sutiles, ambas expresiones constituyen terrenos resbaladizos.

Pocos lingüistas han ensayado la caracterización de *nomás*, sobre todo en los usos que se escapan, porfiados, de las definiciones académicas. Una de las más explicativas es Berta Vidal de Battini, por más que acepte sin queja la preeminencia hispánica: “En el español de la Argentina, *no más* tiene usos variados, que no siempre es fácil señalar con precisión, pues implican leves matices significativos o expresivos. Con nombres equivale a ‘solamente’ como en la lengua general: *Saqué veinte libros no más; Al niño no más llamaron*. En la Argentina lo usamos con verbo y adverbio, en expresiones que se consideran incorrectas: *Me va así no más* (regular); *Así no más es* (precisamente); *Porque sí no más* (sin razón); *Déjelo así no más* (de ese modo o en esa forma); *Entre no más* (sin reparo), y otras. Este uso es común en todas las clases sociales” (Vidal de Battini 1964: 185).

Mi impresión es que *nomás* es un ejemplo cabal de lo que se llama *atenuador*, es decir una expresión que se usa para mitigar los alcances de una afirmación o suavizar algún acto de habla: una orden, una pregunta o un pedido, según la descripción de Landone (2009); por eso se parafrasea de múltiples maneras y parece tener un significado informe, casi como un comodín o un expletivo, tal como se lo ha caracterizado.

Pero este artículo no es sobre *nomás*: tal como anuncia el epígrafe, trata sobre su compañero de verso, el *dale* (que alienta en el verso de Discépolo, que propone en el ejemplo citado por Fogwill).

La entrada de *dale* en el *Diccionario* de la Real Academia Española es una exhibición transparente de las deficiencias de las obras académicas:

(1) **dale.**

1. interj. coloq. vuelta (para reprobado con enfado). U. t. repetida.

dale que dale, o que le das, o que le darás.

1. locs. interjs. coloqs. U. con la misma significación, aunque más reforzada, que la sola interjección *dale*.

dale que te pego.

loc. interj. coloq. dale.

Por un lado, la entrada exhibe fielmente el iberocentrismo de la Academia, como veremos a lo largo de nuestro trabajo al desgranar diversos usos de *dale*, algunos extendidos en toda América y otros restringidos al Río de la Plata, que son ignorados prolijamente en el *DRAE*.

Pero, por otro lado, la entrada también es prueba de los muchos defectos de ese diccionario en tanto obra lexicográfica. El *DRAE* no tiene una entrada independiente

para *dale* y la incluye como una variante locucional dentro de la monstruosa entrada de *dar* (con más de 50 definiciones solo para el verbo simple). Además, se puede ver que la definición incluye una remisión inmediata a *vuelta*, con apenas una indicación de uso somera. No mucho más informativa resulta la entrada de *vuelta* a la que se nos invita: “Ú. para reprobar con enfado la obstinación o terquedad” nos informa la primera de las acepciones, que parece ser la más relevante pero que, por cierto, no colabora a despejar las dudas. Ni un solo ejemplo de uso, en una u otra entrada, nos ayuda a saber más acerca de los matices semánticos o pragmáticos (esenciales cuando estamos pensando en interjecciones) ni los contextos adecuados desde el punto de vista gramatical.

Tantas falencias autorizan la iniciativa de encarar este artículo, que tal vez resulte ser apenas más que una entrada bien redactada de diccionario, capaz de dar cuenta de modo “razonado” de los diversos usos y significados de *dale* que aparecen en la Argentina. Además del desafío de encarar un auténtico clásico rioplatense, es un incentivo el hermoso epígrafe de Fogwill que, al tiempo que ilustra uno de los usos más idiosincráticos de *dale*, justifica de antemano el interés de un análisis de la forma desde la gramática.

El origen de *dale* no parece demasiado controvertido: nace de la adjunción de un pronombre dativo a la segunda persona de confianza para el verbo *dar* en imperativo. Corresponde, pues, al conjunto variado de formas verbales en imperativo que dan lugar a interjecciones, según indica el *Manual* de la RAE (2010: 627). La variante “literal” de *dale* (no como interjección, sino como mera forma verbal) interviene en diversas expresiones: *Dale me gusta*, *dale click a la imagen*, *dale RT* o *Dale mambo* son algunas de las frases “cuasi lexicalizadas”, en las que aún se explicitan los dos argumentos internos requeridos por el verbo.

En tanto interjección (como la proclama el *DRAE*), *dale* sería, en cambio, una forma verbal que tiende a borrar su estructura interna: verbo y pronombre quedan (con) fundidos en un todo y se pierde la selección argumental del predicado¹. A partir de ese punto, consideramos que se produce un proceso de gramaticalización, que dará lugar a diversos significados y funciones sintácticas. En las muy variadas acepciones que revisaremos, *dale* codifica siempre un componente pragmático, ya que se liga simultáneamente a la expresión de la subjetividad del hablante y a la interacción con el interlocutor. En los términos clásicos de Jakobson, son las funciones emotiva y conativa las que determinan centralmente la distribución y los usos de *dale*.

1. Dale en el español general

El *dale* se usa en la Argentina, en primer lugar, del mismo modo que en la mayor parte del mundo hispánico. Más allá de las deficiencias lexicográficas de la entrada, es válida, pues, la definición académica, que, por cierto, se viene repitiendo desde mediados del siglo XIX.

Compárese la siguiente definición del *DRAE* de 1869:

(2) Úsase como interjección para reprender y contener á alguno que es tenaz y porfiado en algo.

con la actual (que ya expusimos en 1), en la que no advertimos ningún cambio, excepto que se omite información y se prefiere la remisión casi directa a *vuelta*. A su vez, la entrada de *vuelta* apenas amplía la información que nos interesa, como ya hemos notado:

1. En los términos de Company Company (2004: 37-9), se trataría de un proceso de *subjetivización* de formas verbales, que involucra la creación de un marcador discursivo pragmático (aunque, como veremos luego, no es esa la función excluyente de *dale*). Los procesos de subjetivización involucran, entre otras propiedades, el debilitamiento o la desaparición del significado referencial etimológico originario, la fijación de la predicación (con autonomía de la forma) y la pérdida de capacidades sintácticas. Este debilitamiento o desgaste sintáctico y semántico se ve acompañado por un enriquecimiento pragmático y por la ampliación del alcance de la forma, al ubicarse esta a la izquierda del enunciado.

(3) **vuelta.**

1. interj. U. para reprobar con enfado la obstinación o terquedad.
2. interj. U. para mandar a alguien que vuelva algo hacia alguna parte.
3. interj. U. para indicar que alguien da en repetir con impertinencia algún acto.
¡Vuelta a empezar!

En la atención que se preste a las partes que componen estas definiciones encontraremos la clave de los usos generales de *dale* y de las frases locucionales asociadas, que en la Argentina incluyen *dale que dale*, *dale que te dale* y *dale y dale* (ni *dale que le das* ni *dale que le darás* ni *dale que te pego* –que aparecen en 1– existen en la Argentina). Es conveniente aclarar que esas locuciones solo se usan con los dos significados comunes a todo el mundo hispanoparlante: el “reprobatorio” y el aspectual, que son los que desplegamos a continuación.

1.1. *DALE* “REPROBATORIO”

Este primer uso corresponde exactamente a la definición académica expuesta en (1); como puede advertirse, la definición señalada en la entrada remite a un valor esencialmente modal: la “reprobación con enfado”. En particular, se trataría de un significado deóntico, ya que se liga con un acto de habla específico y refleja actitudes del hablante relacionadas con la expresión de la voluntad o de los afectos.

Al analizar datos concretos, descubrimos que esta primera acepción permite distintas combinaciones categoriales, que, desde ya, no están especificadas en la entrada académica.

En los siguientes ejemplos, *dale* aparece como forma verbal fosilizada desde el punto de vista morfológico; en lugar de verse realizado el objeto directo (requerido argumentalmente por *dar*), está acompañada por un complemento encabezado por la preposición *con*. Se combina con frases nominales (4), cláusulas de infinitivo (5) o encabezadas por la conjunción *que* (6):

(4) a. ¡Ah, hombres tragones! Lo mismo que el Diretor: con sólo la diferencia de que entre todos los congresados pueden tragárselo a Vuelcelencia, pero don Sancho... ¡dale con don Sancho!... el Diretor solo, redemente se ha de tragar a todos los diputaos. ¡Qué buche! (Hilario Ascasubi, *Aniceto el gallo*)²

b. Menos mal que estaba ella y el patrón para chamuyar, y podíamos matear en el hotel y de cuando en cuando caía un criollo y dale con los autógrafos (Julio Cortázar, “Torito”)

c. Yo le había dicho que tenía que esperar un poco/ Y habíamos quedado de acuerdo, incluso/ Y *déle con lo mismo*, y *déle con lo mismo* (*Electrodomésticos*, “Yo la quería”)

(5) a. El cochero ni siquiera sabía conducirlo bien, pero ya sabes como es daddy, *dale con ir a traer* la carroza (Alfredo Bryce Etchenique, “Un mundo para Julius”)

b. “Con Pati elegimos charlar entre nosotras, profe”, pero no se podía, había que hacer algo creativo, ¡y *dale con hacer* algo creativo! (Luis Pescetti, “Natacha y la colonia de vacaciones”)

(6) a. Pero los diarios, *dale con que estaba gordo*, *dale con que estaba jovato* y que me agitaba al correr (Humberto Constantini, “Insai”)

2. Los ejemplos que se presentan en el trabajo corresponden sobre todo a textos que imitan la oralidad: cuentos, novelas, letras de canciones, historietas, textos periodísticos, declaraciones de personajes públicos, junto con algunos ejemplos recopilados en la web. Donde corresponde, se indica la fuente.

b. Pero allá, en París, ante este buen señor *dale con que* maestro, este es el mejor restaurante de París (María Kodama, entrevista)

Como se advierte en (4.c), es posible que aparezca, con el mismo significado reprobatorio, la variante *dele*, flexionada sobre el paradigma del pronombre de segunda “de respeto” *usted*. Al revés de lo que ocurre en otros usos, americanos o rioplatenses, que veremos más adelante, utilizar *dele* con valor reprobatorio no implica respeto o distancia hacia el destinatario, como demuestra el mismo ejemplo (4.c). Aunque es bastante menos frecuente que *dale*, el significado es exactamente el mismo.

En las tres combinaciones (que se verifican en España y en América), *dale con* supone una polifonía, o al menos una reiteración, sea de un enunciado previo (como en la mayor parte de los casos de 4-6) o de cierto contexto no lingüístico. Así, por ejemplo, el *dale con los autógrafos* de “Torito” en (4.b) sería posible aun si no media un diálogo, mientras que podría emplearse *¡Y dale con pasar a los autos...!* ante el hecho de que alguien sistemáticamente se adelanta en la ruta (aunque no haya una discusión previa). A menudo los enunciados de (4-6) se asocian con la exclamación o con algún otro patrón entonativo marcado. Es claro el matiz reprobatorio, que también se verifica en la expresión *¡Y dale...!*, cuando se la usa de manera aislada, es decir, propiamente como interjección, asociada con entonación exclamativa, enfática o suspendida, frecuentemente con alargamiento o acento en la *a*:

(7) No querría con Esther seguir viviendo/ Nuestra vida fue amarga como hiel/ Esa tarde cuando ya se estaba yendo/ Confesó que ella nunca me fue fiel (¡y dale!) (Les Luthiers, “Perdónala (bolérola)”)

No es tan sencillo, en cambio, aislar el valor reprobatorio de las locuciones asociadas a *dale*: *dale que dale*, *dale que te dale* o *dale y dale*, ya que tiende a entremezclarse con el matiz aspectual que veremos en el apartado siguiente³:

(8) a. Pero vos nada, *dale que dale* con tu Bach y tu Vivaldi y tu Mozart y tu Chaikovsky, y mi papi también *dale que dale* con su Ravel, su Ponce y su Villa-Lobos (Lucrecia Maldonado, “Ese maldito gusto por la música”)

b. Pero... ¿qué hago yo acá/ yendo otra vez a ensayar?/ *Dale que dale* con la guitarra, / mucho chingui chingui/ sin poder rockear... (Bersuit Vergarabat, “Como un bolú”)

c. La culpa de todo la tuvo mi mamá. Estuvo durante una semana *dale que dale y dale que dale con* el cuento de que me quería leer una historia (Astrid Gutierrez Romero, “¡Zombimania!”)

d. Le dicen el ratón porque hurga en la basura/ a ver si encuentra un peso más para una fresca,/ *dale que dale con* la birra y no fisura (Las Pastillas del Abuelo, “El ratón”)

e. mientras me movía como una ola me señaló al Fiambrero que estaba *dale que te dale con* la manguera (Juan Sasturain, *La mujer ducha*)

3. Vale la pena advertir que la delimitación entre los valores reprobatorio y aspectual no es de ningún modo tajante o transparente; lo mismo ocurre con otros significados de *dale* que se analizarán más adelante. A lo largo del artículo, he intentado seleccionar los casos que a mí me resultan convincentes para ilustrar cada valor; creo cumplidos los objetivos del trabajo si el lector acuerda en que los matices semánticos que he intentado distinguir efectivamente existen, aunque discrepemos en ejemplos puntuales.

1.2. Dale aspectual

En otros usos que podemos considerar generales del español, predomina en el *dale* un significado esencialmente aspectual. Este valor también parece desprenderse, aunque de manera indirecta, de las entradas del *DRAE*: en lugar de hacer hincapié en la reprobación, se acentúa en estos usos aspectuales la repetición o reiteración de un

evento, que en las definiciones académicas se deja tácita bajo las fórmulas “alguno que es tenaz y porfiado” (cfr. entrada de *dale* de 1869 en 2), “obstinación o terquedad” o “repetir con impertinencia” (cfr. actual entrada de *vuelta* en 3). Cuando el significado básico se entiende como modal, la repetición del hecho sirve como disparador del enunciado reprobatorio, por lo que participa del contexto de la interacción, tal como se deduce de los primeros ejemplos de *dale* y sus variantes (cfr. 4-8).

Desde una perspectiva gramatical, advertimos que los usos aspectuales pueden cumplir diversas funciones sintácticas, difíciles de distinguir tajantemente. Se usan muy frecuentemente con valor aspectual las locuciones *dale que (te) dale, dale y dale*; si bien el *DRAE* las registra como meras variantes “reforzadas” del *dale* a secas, tienen contextos propios en los que no serían intercambiables por la forma “simple”, como ya comprobaremos. El matiz aspectual de repetición, persistencia o insistencia está, de hecho, implicado en la doble aparición del *dale* en las locuciones, que, ciertamente, tiene valor icónico. Una contraparte se da con la coordinación del verbo repetido (cfr., más abajo, *dale bailar y bailar* en 15.c); menos lexicalizada aún resulta la coordinación y repetición de toda la frase (cfr., en 4.c, *dele con lo mismo, dele con lo mismo*). Las locuciones pueden combinarse con nombres (9) o con infinitivos (10):

(9) a. Él *dale que dale* al tabaco (J. Cortázar, “Torito”)

b. Afilador, / para tu cariño hallar, / *dale que dale* a la piedra (“Afilador”, canción folklórica)

c. El negro José Luis está / *dale que dale* a su tambor (Eduardo Serrano, “Ni ná ni ná”)

d. En vez de tener un perro feroz, como algunos, tendría una cieguita, que hecha una flor, andaría por la casa *dale que dale* al violín (Roberto Arlt, *Los lanzallamas*)

e. hay algo que nunca nadie sabrá de un amigo: / un amigo solía tocar el piano en un lugar lejano. / nadie lo veía, nadie lo espiaba, nadie oía / él estaba *dale que te dale* (diría mi abuela) / con el piano (Lucas Amuchástegui, revista *La Masmédula*)

f. Parece que la chica estaba *dele que dele*, celular en mano, a los “Me Gusta” y la instructora dijo *no* (nota en el diario *Clarín*, 11/07/2012)

(10) a. Nos juntábamos unos cuantos con un asado o simplemente un mate, y *dale que dale* a cantar los temas de ellos.

b. El cuento resultó perfecto porque los pibes se prendieron al ocular y *dale que dale* a mirar la Luna en detalle⁴.

4. Fuentes de los ejemplos:
http://www.clarin.com/internet/Echan-instructora-Facebook-dejar-navegar_o_734926746.html (10.f), <http://www.tecnicosaurios.com/foro/viewtopic.php?f=24&t=3615&start=30> (10.a) y <http://sagitarioblues.blogspot.com.ar/2014/09/los-huerfanitos-de-la-luna.html> (10.b) [páginas web consultadas el 26/4/2016].

Todas las ocurrencias muestran un primer grado de anomalía de *dale* en la ausencia de objeto directo (asumimos que *le* está reduplicando a la construcción encabezada por *a*, que sería un objeto indirecto). La aparición de la preposición *a* indica la persistencia del carácter verbal de la forma, de manera paralela a (4-6), por lo que suponemos que se trata de locuciones verbales. También aparece algún ejemplo aislado que utiliza *con* (cfr. 9.e), pero esta preposición en general remite al uso modal reprobatorio analizado en el apartado 1.1.

En cambio, los ejemplos de (9-10) no se usan necesariamente con significado reprobatorio (y menos con el “enfado” señalado por el *DRAE*); si aparece, ese matiz, en lugar de ser predominante, se vuelve subsidiario del aspectual.

Por su parte, *dale que dale*, *dale que te dale* y *dale y dale* funcionan como locuciones adverbiales cuando aparecen sin preposición, en general pospuestas al verbo, siempre con el mismo significado de reiteración o persistencia:

(11) a. En tanto las cuadras pasaban y el Romeo de marras venía *dale que dale*, conversando con la nena que me ponía nervioso de verla tan consentida (R. Arlt, “Atenti, nena, que el tiempo pasa”)

b. Era el novio, se veía a la legua, la moza rubiona escuchaba semiaburrada y mi bizco *dale que dale* (R. Arlt, “Atenti, nena, que el tiempo pasa”)

c. A las dos cuadras ya lo tenía de nuevo al lado mío, jadeando, empecinado, *dale y dale* el tuerto hacia las cuatro manos de la Avenida (Roberto Fontanarrosa, “Sexo explícito”)

d. meta dormir nomás toda la noche *dale que dale* (J. Cortázar, “Torito”)

e. Un degüello de soles muestra la tarde,/ se han dormido las luces del pedregal,/ y animando la tropa, *dale que dale*,/ el arriero va, el arriero va (Atahualpa Yupanqui, “El arriero”)

f. Las pelotitas que se golpean todo el tiempo estaban tan *dale que dale* que me sacaron de quicio (Alejandro Soifer, “El último elemento peronista”)

g. Cuando fui a conocer a los hijuelitos de estos gatos amigos, todos los nenes estaban queriendo ser lindos y adorables y Mongo estaba dele que dele tratando (sin éxito) de huir de la caja (Sebastián Freire, nota en *Página 12*, 27/3/2014)

Vale la pena resaltar que en este uso no son reemplazables por el *dale* “a secas”, con lo cual tampoco serían meras variantes “reforzadas”, como propone el *DRAE*. En (11.f) se observa que la locución entera funciona, además, como un adverbio que puede ser cuantificado, en este caso por medio de una construcción consecutiva. Suponemos que se deriva de este uso como locuciones adverbiales su funcionamiento como “verdaderas” interjecciones, que ocurre cuando las frases fosilizadas con *dale* funcionan como enunciados completos, asociados con entonación exclamativa (12.a) o suspendida (12.b):

(12) a. Flaco,/ no te quedes triste,/ todo no fue inútil,/ no pierdas la fe.../ en un cometa con pedales/ ¡dale que te dale!/ yo sé que has de volver... (Horacio Ferrer, “La bicicleta blanca”)

b. De ella ya habíamos publicado unas canciones, ahora compartimos este hermoso vídeo hecho con la técnica de *stop motion*, que viene a ser que ponen unos objetos así, le sacan una foto con la cámara, luego los mueven un poquito... y así, y *dale y dale y dale*... con una paciennnnnnnnncia que ni los chinos, mire... (página web de L. Pescetti)

Si bien hasta aquí hemos ilustrado los usos con autores argentinos (y algún que otro hispanoamericano), los usos como locuciones verbales (*cf.* 9-10) o adverbiales (*cf.* 11) también aparecen en autores españoles. Nótese que en ninguno de los siguientes ejemplos parece ponerse en foco el valor reprobatorio señalado por el *DRAE*, sino que más bien se acentúa (otra vez) el valor de reiteración del evento:

(13) a. No conviene abusar; llevamos aquí más de una hora *dale que dale* y Enrique todavía no está preparado (Lourdes Ortiz, *Luz de la memoria*)

b. Seguían *dale que dale* chuperreteando el caramelin amargo que el encargado de la Casa ponía a su alcance (Ramón Ayerra, *La lucha inútil*)

c. El vagabundo, tras pulir su duro a fuerza de *aliento* y manga y *dale que te dale*, lo envolvió en el pañuelo (Camilo J. Cela, *Primer viaje andaluz*)

(14) a. Nos ha dicho que una tarde, entrando en la galería donde el pintor estaba *dale que dale* a la brocha, le oyó decir... (Benito Pérez Galdós, *Episodios nacionales: la corte de Carlos IV*)

b. El Arte es largo y nunca acaba/ de definirse;/ el tiempo es corto y no reversa/ ni quiere irse:/ sopla tu gaita o sacabuche/, *dale que dale* a tu pandero (León de Greiff, "Una otra secuencia")

c. Las tres damas pasaban las horas echadas indolentemente en sus mecedoras, con los vestidos que habían traído de la calle, *dale que dale* a los abanicos si hacía calor (B. Pérez Galdós, "El amigo manso")

A partir de estos casos, concluimos que la oscilación entre el dominio modal y el aspectual es general en español. En cambio, parece rioplatense el uso directo (i.e., sin preposición *con* o *a*) de *dale* y las frases locucionales asociadas cuando anteceden a una cláusula de infinitivo:

(15) a. Pero igual volvíamos a arrojarlo y zácate, caía de cara y *dale cantar*: soy yo, soy yo, soy yo (J. Cortázar, "El dado egocéntrico")

b. Incluso cuando finalmente el villano le atravesó el corazón al héroe con su espada, el tipo siguió *dale cantar* y cantar (traducción de Emecé Argentina de *Fantasmas de Fear Street*, de Robert Stine)

c. *dale bailar* y bailar al compás del tamboril/ con ese ritmo febril hasta el diablo harán bailar (Osvaldo Francella, "El barrio del tambor")

d. los nietos de la vieja eran inaguantables y ya no respetaban ni a la abuela, y qué sé yo, *dele hablar* (Miguel Briante, "Habrà que matar los perros")

e. y me anudé a un teléfono público / y hacía frío en esa plaza típica / y pasó briante y yo *dale hablar* y era briante que iba al café a estar un rato ahí (Gustavo Pesoa, "Scon")

(16) a. Trapecista: Es que durante estos días *dale que te dale* hablar del enano (Gonzalo Hernández Sanjorge, "La nieve es un lugar")

b. Sueldo en blanco, sindicato, vacaciones pagas, obra social./ Ser parte de la dieta descremada del animal, oílo producir/ *dale que dale* tomar asalariados despedir asalariados./ Es ahora, hijo mío, cuando tanto consumo lo deja con hambre (Maximiliano Sacristán, "El trípode del poder")

c. Amigos que supimos reunirnos todos los días, todas las noches, *dale que te dale* hablar y discutir y fumar y tomar y hablar, y hablar (Julio Castro, "Amigos, libros y mandamientos")

d. Todo el día estaba *dale y dale* hacer preguntas, que qué es esto, qué aquello otro y un montón de porqués a los que los papás ya no podían responder (Valeria Badano, "El ojo de Dios")

e. “Encima los pelotudos dele que dele sacar fotos, de puro morbo, nomás”, dijo un veinteañero (Cezary Novek, “Trópico de Piscis – Sin mirar al piso”)

f. En el yugo del matrimonio nos unió a lazo el destino,/ nos movimos recuartiando, dele y dele peludiar,/ es inútil afirmarse hay que tirar muy parejo/ para llevar por buen camino la carreta de un hogar (Wenceslao Varela, “Mesiva: La respuesta”)

Suponemos que en estas oraciones *dale* y sus variantes están funcionando como operadores aspectuales con valor iterativo o de persistencia. Como muestra (15.d), también puede alternar aquí (pero con una frecuencia muy inferior a la de *dale*) la variante flexional *dele*, que tampoco implica respeto o distancia con el interlocutor (al igual que en el valor reprobatorio) y que presenta las frases *dele que dele* y *dele y dele* (16.e-f), registradas también como locuciones verbales (9.f) o adverbiales (11.g).

En los ejemplos de (15-6), entonces, *dale* y sus variantes no parecen funcionar como locuciones verbales (ya que carecen de *a*, *con* u otra preposición), ni tampoco como locuciones adverbiales (ya que, en lugar de ubicarse luego del verbo, en general lo preceden), ni mucho menos como interjecciones. Diremos, pues, que, en estas instancias de combinación “directa” con cláusulas de infinitivo, *dale* y las frases fosilizadas correspondientes funcionan como operadores, marcadores o partículas aspectuales de significado iterativo. Son, de hecho, equivalentes al de perífrasis con *volver a* + infinitivo, al igual que *meta*, con la que *dale* se combina a menudo (ver ejemplo 11.d, sección 4 y Di Tullio 2006). Nótese que en todos los casos la oración sería anómala si se suprimiera *dale* o las frases que lo involucran.

El uso directo, sin preposición, del *dale* y sus variantes como operadores aspectuales parece haber aparecido tempranamente en el Río de la Plata, a partir de la gramaticalización de formas como las siguientes:

(17) a. Y dale siempre rosarios,/ noche a noche sin cesar;/ dale siempre barajar/ salves, trisagios y credos;/ me aburrí de esos enriedos/ y al fin me mandé mudar (José Hernández, *La vuelta de Martín Fierro*)

b. ADELA: Déjala, debe estar muy ocupada con los trapos de su marido. En cuanto Carlos sale ya está ella dele que dele cepillo a su ropa (Florencio Sánchez, “La gente honesta”)

Relativamente marginal es el caso de *dale* (o sus variantes) con este mismo valor de operador aspectual, cuando modifica a una cláusula encabezada por *que*, que tiene la interpretación de discurso indirecto, pero sin verbo introductor:

(18) a. Vos sabés que dos meses antes ya lo tenía al patrón dale que esa izquierda va mal, que no dejés entrar así, y me cambiaba los sparrings y meta salto a la sogá y bife jugoso... (J. Cortázar, “Torito”)

b. Pero la gallega dale y dale que la gallina era de ella (José María Firpo, “Los vecinos”)

Como ya dijimos respecto de los casos precedentes en este apartado, el matiz reprobatorio señalado por el *DRAE* puede mantenerse como valor secundario (volcado frecuentemente hacia la ironía), pero no es obligatorio (parecen liberados de esa interpretación ejemplos como 9.b-d, 10.a-b, 15.c, 16.c) y nunca parece ser el predominante. La reprobación puede acentuarse con un cierto énfasis entonativo, junto con un alargamiento de la *a* (*daaaale hablar y hablar*), que reencontraremos luego con otros usos y valores.

En suma, debemos reconocer diferencias en los usos más generales de *dale* y las frases fossilizadas asociadas (*dale que (te) dale, dale y dale*) analizados a lo largo de esta sección 1. En la combinación *dale con* funciona como locución verbal o, si aparece solo, como interjección con entonación exclamativa: ¡y *dale!* Tal como señala el *DRAE*, el significado es esencialmente reprobatorio, y secundariamente aspectual, ya que en el contexto se presume la repetición de algún evento. Precisamente de este valor secundario se desprende el segundo uso, que el *DRAE* no distingue, pero que se reconoce en numerosos ejemplos de autores hispanoamericanos y españoles. *Dale* y sus variantes aportan allí el significado aspectual de repetición o persistencia, con el matiz reprobatorio en segundo plano (o directamente omitido). En cuanto a la función gramatical, encontramos que *dale* y sus variantes pueden ser locuciones verbales (cuando retienen una preposición *-a* o *con-* que señala el régimen verbal) o adverbiales (cuando van sin complemento y pospuestas al verbo). Si quedan aisladas, funcionan como verdaderas interjecciones con entonación exclamativa o suspendida. Por último, *dale* y sus variantes son operadores aspectuales cuando se combinan directamente con infinitivos: se trata de un uso rioplantense en el que *dale* se aproxima a *meta* (cfr. Di Tullio 2006 y la sección 4).

2. Dale en América

Hemos señalado ya la brevedad exagerada de la entrada de *dale* en el *DRAE*, así como su espíritu fuertemente iberocéntrico. No sorprende, pues, que queden afuera de esa entrada diversos significados extendidos en toda América, que tienen plena vigencia en la Argentina. En esta sección nos centraremos, precisamente, en los usos americanos de *dale*. Con respecto a su origen, pueden derivarse directamente de la forma verbal (como proponemos en 2.1), pero debe notarse que la recurrencia en la aparición de los mismos valores en formas del verbo *meter* (i.e., *meta* y *metele*) sugiere que podrían haber surgido, también, del valor aspectual reseñado en 1.2 (ver también sección 4).

2.1. Dale de aliento

Ya hemos notado que *dale* es esperable desde el punto de vista argumental y que se utiliza a menudo como forma verbal con su OD explícito, sin que haya (aún) gramaticalización:

(19) a. Y dale alegría, alegría a mi corazón...

b. Dale lo que se merece...

Es factible que de este tipo de apariciones se haya desprendido una de las acepciones centrales propias de Hispanoamérica, la de ánimo o aliento. A partir de frases verbales “normales”, como las de (19) (y en un primer paso de la gramaticalización), se deja implícito el objeto directo de *dar*, como en las oraciones de (20), que muestran un único argumento encabezado por la preposición *a* (y que, presumiblemente, está duplicando el *le*)⁵:

(20) a. Dale a la pachanga (tema de Gladys, la bomba tucumana)

b. Dale, dale a la espumita que ya llega el carnaval (titular de *Los Toldos es noticia*, 7/2/2014)

c. Dale a la lengua (nombre de varios blogs)

Otras expresiones sin objeto directo que remiten al significado de aliento se producen en situaciones de pelea, como en los ejemplos de (21), que son generales en el español:

5. En los ejemplos de (20) se advierte una ambigüedad entre el significado de aliento y la interpretación aspectual de reiteración analizada en 1.2.

(21) a. Dale con todo.

b. Dale fuerte, dale duro.

Es fácil adivinar cómo se dio la transformación de *dale* desde estos usos defectivos de la forma verbal hacia una fórmula de aliento en una competencia deportiva en general. Un breve rastreo por la web muestra diversos cánticos de las hinchadas de fútbol a lo largo de toda América:

(22) a. Dale campeón, dale campeón, dale...

b. Boca mi vida, Boca mi pasión,/ sos el orgullo de mi corazón,/ sos la alegría,/ de la Argentina./ ¡Esta es la "12"!/ Ya la conoce./ Y dale dale dale Booo, dale dale dale Bo dale dale dale Bo, dale dale dale Bo.

c. Yo tengo una loca pasióoon, que llevo en el alma,/ es más que un sentimiento... es América Campeóoon/ Dale dale dale Campeóoon, dale dale dale dale Campeóoon, dale Campeóoooooon (Canto popular de hinchada, Águilas de América, México)

e. Dale dale tricolor, dale dale Ecuador.

f. Dale milloooooos dale millos/ Soy el hincha más feliz cuando yo veo a Milloooos (Colombia)

g. ¡Dale, dale, dale Bicolor! (Honduras)

El significado de *dale* en (22) es, pues, modal y se liga con un valor esencialmente deóntico, ya que involucra un acto de habla concreto: el aliento. Pese a que no se lo incluye en el *DRAE*, este uso se registra en toda América (los ejemplos previos son de México, Ecuador, Colombia, Honduras, además del Cono Sur), mientras que en España se prefiere *hala*, completamente desconocida en América (pero cuidadosamente registrada en el *DRAE*). Además del uso de *dale* como una interjección que se combina con vocativos (como son la mayoría de los casos ilustrados en 22), el *dale* de ánimo o aliento puede aparecer precediendo a cláusulas con *que*:

(23) Dale que arranca...

Si bien suele escribirse sin coma (y pronunciarse sin pausa), presuponemos que se trata de una interjección con un significado común con el de (22); frases como (23) se derivarían, así, del uso más "canónico": *Dale, que arranca*. Se registran también frases como *Dele(,) que arranca*, en que la selección de la forma flexionada para concordar con *usted* sí indica que la relación con el interlocutor es más distante.

Si volvemos al verso del tango "Cambalache" con el que inauguramos este trabajo, concluimos que es este uso americano de aliento o ánimo el que se trasluce tanto en *Dale nomás* como en *Dale que va* (aunque, como veremos en la sección 5, la visión pesimista e irónica de Discépolo terminará transmutándolo). La misma ambigüedad que hemos señalado para (23) se daría en la segunda frase, lo que se ve reflejado en las múltiples grafías alternativas del verso (i.e., *Dale que va*, *Dale, que va* o, incluso, *Dale, qué va*).

2.2. Dale de apuro

Otro uso habitual en Hispanoamérica, que se desprende con naturalidad del valor deóntico anterior, es el de *dale* como interjección de apuro. Del ánimo al apuro hay

solo un paso y, de hecho, resulta casi imposible distinguir los dos valores sin un contexto desambiguador, como el que se proporciona en los siguientes ejemplos:

(24) a. —Mami, ¿me ayudás a repasar la lección?

—A ver, dame, ¿Los cinco sentidos?

—Sí. Ahí va...

—Dale, empezá...

—Sí, ya empiezo... (L. Pescetti, *Natacha*)

b. —Dale, María, siempre te metés en lo que no te importa...

—¡Dale María, dale...Nos hacés perder tiempo a todos... (Gustavo Roldán, “El trompo de palo santo”)

c. después dice: “Dale, dale, dale, arribaaaa, ya tendrías que estar levantada, ayer dijimos que íbamos a salir temprano” (Quimey Lillo, “Un mundo mejor”, *Felices juntos*)

d. — Sí, dale —urgió Manuel— Contá primero la charla (R. Fontanarrosa, “Inspiración”)

La ambigüedad entre los dos valores deónticos se verifica también con el “equivalente” peninsular *hala* (“U. para infundir aliento o meter prisa”, define la primera acepción del *DRAE*).

El paralelo se ratifica en la aparición del *dale* de apuro con cláusulas encabezadas por *que*, como en (25). Como ya observamos en relación con el *dale* de ánimo en (23), suponemos que el uso “original” es el que se ilustra en (25.a), donde *dale* funciona como interjección prototípica, pese a que es habitual que no se escriba la coma, ni se pronuncie en la oralidad la pausa correspondiente, como muestran los demás ejemplos:

(25) a. ANTONIO —¿No tenés patas, vos?

JORGE (impaciente) —Dale, que estoy apurado (Gabriel Pandolfo, “Extraños en la calle”)

b. Entré a casa, saludé a la vieja con un grito de “¡Ya llegué, Ma! ¿Hay algo para el manduque? Dale que me tengo que rajar al laburo” (A. Soifer, “El último elemento peronista”)

c. CAMARERO —No, usted no me dio nada, señor.

MARCOS —Andá, sí. Dale que estoy apurado (Fabián Bielinsky, guión de *Nueve Reinas*)

Es frecuente el alargamiento de la *a*: *daaaaale* (que el valor de apuro comparte con muchos otros usos de *dale*) o, alternativamente, de la *e*: *daleeee*, que remite únicamente a este significado.

Parece ser exclusiva de la variedad rioplatense la forma *dale*, formada sobre el paradigma de la segunda persona del singular “de respeto” *usted*. Al contrario de lo que

veíamos para los usos generales en la sección 1, aquí el tratamiento “de respeto” está vigente (i.e., presupone la distancia entre los interlocutores), lo que deja planteada la paradoja de apurar “respetuosamente”:

(26) a. Dicen que están llegando los músicos, / doña Rufina, dele con los chipá, / la Gumersinda pone la mesa larga / bajo la fresca sombra dulcísima del parral (Teresa Parodi, “La fiesta grande”)

b. Mientras yo recibía la noticia con debido interés, me distrajo un cartel que decoraba la solemne oficina. Era rectangular y lacónico, de formato considerable, y registraba el interesante epigrama “Déle, déle” (Jorge Luis Borges, “Déle, déle”)

2.3. Dale de asentimiento

Es presumiblemente a partir del *dale* de aliento que en las últimas décadas *dale* se ha constituido en fórmula de asentimiento o aprobación. Es una fórmula “neutra”, que puede utilizarse independientemente de si se asiente algo bueno o malo, y con un éxito tal que desde visiones puristas se percibe como un fenómeno problemático en diversos países de América.

En la Argentina se han publicado varias notas sobre este “problema”; una de las primeras corresponde a Adriana Schettini y apareció en *La Nación* el 01/02/2004 (“El caso de las palabras perdidas”):

(27) Al cabo de una tarde de pesca en el revuelto río del outlet me decido por una musculosa blanca de algodón, carente de toda originalidad.

—Llevo ésta. ¿Me la envolvés?

—Dale.

Sí, eso responde con gesto satisfecho. Me acerco a la caja. Tengo un billete de cincuenta pesos y, de comedia, ofrezco:

—¿Querés que te dé dos pesos para no sacarte tanto cambio?

—Dale —me dice la cajera con su mejor sonrisa.

A esa altura, la intriga era más fuerte que mis ganas de encontrar la falda de mis sueños a precio irrisorio. Es más, si la hubiera encontrado, estaba dispuesta a comprarla y regalársela a la primera lingüista que consiguiera explicarme quién y cuándo saqueó el lenguaje de los empleados de comercio con una perversión tal que, a último momento, para salvarlos del naufragio en el mar del silencio, a manera de propina, les tiró, displicente, un salvavidas inexpresivo: “Dale”.

La nota de Schettini señala el uso de *dale* en la interacción en una situación de venta, que excluye la confianza entre los interlocutores, resaltando así el carácter “neutro” y general que venía adquiriendo la forma. Como fórmula de asentimiento, la extensión social de *dale* en este uso es actualmente inmensa y, por cierto, no se limita a la Argentina. Por ejemplo, encontramos para Uruguay un comentario muy semejante, de carácter aún más irónico (ver entrada “Dale con todo” en el sitio *Solo jazz*, 2007⁶), y para Venezuela una nota en un diario con argumentos alarmistas casi calcados (“¡Dale!”, *La Nación*, 9/04/2012⁷), lo cual muestra, simultáneamente, la extensión del fenómeno en América y la consistencia de la representación purista que liga la aparición de nuevas muletillas con una “pérdida” de las habilidades comunicativas.

6. Cfr. <http://www.solojazz.com/dale.html> [página web consultada el 26/4/2016].

7. Cfr. <http://www.lanacion.com.ve/columnas/opinion/dale/> [página web consultada el 26/4/2016].

Con este significado americano de asentimiento aparece, además, el *dale* como pregunta confirmatoria, que se utiliza extensivamente en la Argentina como equivalente de *¿sí?*, *¿te parece?* o *¿(es)ta?*

(28) —Hola, linda —le dije y me apoyé con el codo— quería cambio en monedas y tu número de teléfono ¿dale? —le guiñé un ojo (A. Soifer, “El último elemento peronista”)

Si hemos dicho en los apartados previos que *hala* es el equivalente peninsular de los usos de aliento (ánimo) y apuro, *vale* (por supuesto, convenientemente registrado en el DRAE como “interj. U. para expresar asentimiento o conformidad”) lo es del *dale* de asentimiento.

Para resumir esta sección 2, los usos aquí reseñados suponen una expansión notable de los registrados en el DRAE, ya que suman tres valores bien extendidos a lo largo y a lo ancho de América: aliento (ánimo), apuro y asentimiento. A diferencia de la variedad de funciones que cumple el *dale* aspectual (como locución, operador o interjección, según observamos en la sección 1), en los distintos valores americanos podemos clasificar a *dale* exclusivamente como una interjección, a partir de su posición predominantemente inicial y su tendencia a aparecer con entonación marcada (exclamativa o enfática). Los tres valores corresponden al modo deóntico, ya que involucran significados ilocutivos vinculados con la expresión de la voluntad o de los afectos del hablante.

3. Dale en el Río de la Plata

Hasta el momento, apenas hemos reseñado alguna particularidad gramatical rioplatense, más o menos aislada en los usos generales y americanos de *dale*. En esta sección, en cambio, nos centramos en una serie de valores de *dale* que son esencialmente rioplatenses, aunque a veces se extienden a otros países del Cono Sur.

3.1 Dale de pedido

Se trata del uso más extendido, ya que aparece no solo en el Río de la Plata, sino también en el resto del Cono sur⁸ y también Perú. *Dale* se utiliza allí para indicar un pedido enfático, a menudo “suplicante”, probablemente por corrimiento del *dale* de apuro (ya que, de hecho, a veces es difícil distinguir los dos casos). Es el contexto, junto a una entonación particular (es muy frecuente el alargamiento de la *a*), el que transforma la interpretación pragmática del enunciado:

(29) a. —Cinco minutos. Dale, Cla, bancanos cinco minutos, que igual dentro de un ratito Rocky no nos va a poder dar ni bola. ¿No ves que empieza a caer la gente? ...

—Mis viejos me van a matar.

—Dale, Claaa. Me la debés. Y Rocky te hace un gin tonic también a vos, ¿sí? (C. E. Feiling, “El elegido”)

b. —¿Que por qué la gallinita dijo Eureka?

—Sí, vos dijiste recién que la gallinita dijo Eureka, que cocoroco, co... ¿por qué, por qué? Explicame, dale, dale, explicame... (Les Luthiers, “La gallinita dijo Eureka”)

c. —¡Dele, don Néctor, cuéntenos de aquel gol que lo hizo famoso! (Claudio Swylman, “Primavera de gol”)

8. Por Cono Sur entiendo el conjunto conformado por Argentina, Uruguay (Río de la Plata), Paraguay, Bolivia y Chile. Según algunos trabajos exploratorios, esos países podrían constituir una macro-región del español americano desde el punto de vista léxico-gramatical (desde el punto de vista de la pronunciación, en cambio, la entonación chilena aparece como bien diferenciada, mientras que la boliviana remite a la macro-región andina).

d. Che bo, che bolichero, dale, servime una grapa, pero de yapa (Leo Masliah, "Che bo").

e. —¿Te parece che? —le dije a Juan, que no dejaba de insistir.

—¡¡Sí, loco, daaaale!! Hace mil años que no salís a ningún lado. Es ahora o nunca, si no enganchás una mina un 24 de agosto no la enganchás nunca más. ¿Qué vas a esperar macho? ¡Ya pasaste los 40! (Marciano Durán, sitio web *Crónicas marcianas*)

f. Y el trapo, que estaba sucio, pero no era zonzo, la oyó.

—Por lo menos te acompaño y te abrigo —le dijo.

—Tengo frío no —dijo ella—, aburrída pero estoy, cuento un contame, dale (María Elena Walsh, "El patio")

En estos ejemplos, *dale* funciona, indudablemente, como una interjección, que puede ubicarse en diferentes posiciones de la oración (inicial, final, intermedia), pero siempre separada por coma(s) en la escritura y pausa(s) en la oralidad. Como muestra (29.c), con este valor se registra la alternancia con la forma *dele* si efectivamente existe una distancia "de respeto" con el interlocutor. Al igual que los tres usos americanos, el *dale* de pedido corresponde al dominio del modo deóntico.

3.2 Dale de propuesta real y de "construcción de mundo"

A partir del valor de pedido surgen otros significados que parecen restringidos al Río de la Plata, en los que *dale* sistemáticamente encabeza una proposición seguida por *que*. Un primer caso está ilustrado en el epígrafe inicial de Fogwill, en el que *dale que* señala una propuesta concreta formulada al interlocutor:

(30) a. Y durante una partida, era frecuente oír:

—Sentime che: ¿Dale que ya no vale más tirar de arriba? (Fogwill, "Nota biográfica")

b. ¿Dale que somos amigos? / ¿Dale que a reír salimos...? / ¿Dale que siempre te espero...? / ¿dale que tu pena es mía? (Elsa Bornemann, "¿Dale que somos amigos?")

Las que se ilustran en (30) son propuestas claras y verosímiles, con una interpretación centralmente realista (un "contrato", sugiere Fogwill en el epígrafe inicial). El significado se deriva sin dificultad del *dale* de pedido.

Es fácil distinguir el uso de (30) de otro más idiosincrásico: el *dale que...* que implica una construcción de mundo, es decir, que propone una situación de juego o simulación manifiestamente irreal (parafraseable como 'suponete / imagínate que...'). Utilizado sobre todo en el lenguaje infantil, *dale que* funciona unívocamente con este valor cuando se ve acompañado por el pretérito imperfecto.

(31) a. ¿Dale que éramos hermanos? ¿Dale que éramos reyes y reinas? (traducción de Colihue de *Alicia en el país de las maravillas* de Lewis Carroll)

b. ¿Dale que éramos canas?... ¿Dale que éramos pibes y estábamos jugando? (Alberto Adellach, *Criaturas*)

c. Dije a Miss Fielding:

—Dale que eras un gato y yo un perro y me arañabas.

Miss Fielding me puso en penitencia (Silvina Ocampo, *Cuentos de la nena terrible*)

d. ¿Dale que yo era un pirata del Lejano Oeste, con capa, espada y una alfombra voladora... y vos eras un hada madrina astronauta que vivía en un castillo de arena de colores? (propaganda de *Dale que...*, programa del canal *Paka Paka*)

Cuando *dale que* está acompañado de tiempo presente, suele manifestar una notable ambigüedad entre la interpretación real o irreal de la propuesta; a menudo solo la verosimilitud extralingüística determinará si la propuesta se entiende como posible (como en 30) o como contrafáctica (como en 31):

(32) a. *Dale que esto es una silla.*

b. *Dale que compramos a Farfan y le ganamos el mundial de clubes al Bayern de Gotze*⁹.

Claramente el *dale que* de propuesta surge del uso de *dale* como pedido que hemos reseñado en el apartado anterior y permite, a su vez, derivar el de “construcción de mundo”. En ninguno de los dos casos *dale que* puede entenderse como una mera interjección: se trata de un marcador o partícula de valor modal. En ambos predomina un significado deóntico, pero en el de “construcción de mundo” se agrega un matiz contrafáctico, que puede considerarse de naturaleza epistémica¹⁰.

3.3. Dale de incredulidad

Un último uso de *dale* que parece exclusivamente rioplatense es el que indica incredulidad o descreimiento, que aparece siempre en el contexto de respuesta a un diálogo:

(33) a. —Dale, ¿qué va a estar ochenta?! (A. Soifer, “El último elemento peronista”)

b. Dice el Sr. Incredulidad en medio de la sala mientras come pochoclos y mastica con la boca abierta:

—Dale, me vas a decir que el pibe siguió grabando mientras los aliens venusinos sodomizaban a su amigo (Sebastian Frunciari, “Ensayo sobre incrédulos”)

c. Potter tuvo que mostrarle el pasaporte a su novia porque no le creía: “Daaaale, ¡qué vas a ser Harry Potter vos!” decía su festejante.

d. Daaaale, ¿me vas a decir que empatar contra equipitos de mierda es tener una buena copa?

e. Daaaale, ¿quién no se buscó por Google?¹¹

En estos casos, fácilmente derivables del valor de pedido, *dale* funciona como una interjección, que, de hecho, puede aparecer sola, como en el último ejemplo. Se pronuncia enfáticamente y con alargamiento de la *a*, lo que se refleja incluso en la escritura, como muestran algunos ejemplos de (33). Además, el enunciado al que introduce suele estar asociado con entonación suspendida, interrogativa o exclamativa. En la oralidad, el enunciado está, además, típicamente antecedido por un chistido o chasquido que refuerza la expresión de la incredulidad.

Los recursos léxico-gramaticales con los que suele verse asociado el *dale* de incredulidad son, esperablemente, los que se ligan con usos modales de la perífrasis *ir a*-infinitivo (cfr. Kornfeld 2014), incluyendo preguntas que se interpretan como retóricas

9. Cfr. <http://www.turiver.com/foros/transferencias-y-rumores/75241-mercado-de-pases-humo-river-2013-a/850.html> [página consultada el 26/4/2016].

10. Emparentado con este valor podemos considerar un uso chileno de *dale*, que se ilustra en los siguientes ejemplos: a. *dale que baja el cobre y nosotros hemos hecho todos los cálculos con un precio estable* b. *dale que se nos corta la luz, mejor llevemos fósforos y vela* c. *dale que se nos aparece el diablo en el cerro, ¿qué hacemos?* En nuestra variedad ese significado se expresaría con *ponele*, que expresa una suposición más verosímil (ver sección 4).

11. La mayoría de los ejemplos de (33) han sido extraídos de páginas de Internet: <http://funcionagotada.com/opinion/ensayo-sobre-incrédulos/> (33.b) <http://www.taringa.net/post/noticias/3745094/Tiene-una-vida-miserable-por-llamarse-harry-potter.html> (33.c), <http://www.taringa.net/post/deportes/18613353/Pronostico-para-los-Boca-River-y-River-Boca.html> (33.d) <https://www.facebook.com/Daaaale-quien-no-se-busco-por-google-R-345262032612/> (33.e) [páginas consultadas el 26/4/2016] Ejemplos muy semejantes registran para el español de Uruguay Acquarone & Gil (2012: 5).

(esto es, con respuesta negativa, y no como preguntas reales que pretenden una respuesta), como en (33.b, d-e), que son generales a todo el mundo hispanoparlante. En los ejemplos de (33.a,c), en cambio, aparece otro fenómeno, que es peculiar del lenguaje coloquial rioplatense: el *qué* no cumple ninguna función sintáctica en esas oraciones, sino que niega la proposición en la que aparece, como réplica a un enunciado previo, según la acertada descripción de Di Tullio (2011). A partir de esa combinatoria podemos ubicar el *dale* de incredulidad como un recurso básicamente epistémico, ya que revela una actitud escéptica del hablante hacia el enunciado previo, que se considera falso o improbable, aunque también tiene un componente deóntico, puesto que es esencial la interacción con el interlocutor.

Para sistematizar la sección 3, al igual que ocurre con los usos americanos, los significados de *dale* particulares del Río de la Plata son esencialmente modales. Unos corresponden al modo deóntico, ya que indican actos de habla en estrecha relación con el interlocutor (como el pedido o la propuesta); podemos destacar, sin embargo, el matiz epistémico que acompaña al *dale* de “construcción de mundo” y que predomina en el *dale* de incredulidad. Nótese, como una particularidad, que solo con el valor de pedido puede emplearse *dele*: la forma “de respeto”, en cambio, no parece compatible con los significados de propuesta, “construcción de mundo” o incredulidad.

4. Posibles extensiones

Los resultados alcanzados hasta aquí para *dale* pueden ser traspuestos a otros dominios gramaticales. Resulta particularmente llamativa la recurrencia a la gramaticalización de verbos triádicos livianos, esto es, con escaso contenido semántico. Así, en español rioplatense no solo se gramaticaliza *dar*, sino también *meter* y *poner* en formas en las que uno o dos argumentos de la estructura argumental queda/n tácito/s, como en *meta*, *metele* (*metale*) y *ponele*. Tampoco parece casual que sean precisamente esos verbos los que pueden cubrir algunos de los diversos valores semántico-pragmáticos de *dale* que hemos revisado aquí.

Si nos concentramos en *meta*, advertimos que puede combinarse con infinitivos con significado aspectual de repetición o persistencia, en forma paralela a los ejemplos con *dale* de (16):

(34) a. Venía el guarda por el tren,/ meta a picar los boletos:/ -¡Boletos, pases, abonos! -gritaba a los cuatro vientos./ lba todo lo más bien, /meta y meta hacer “aujeros”/ hasta que dio con un indio/ que lo miró medio fiero (El Payo Oroná, “Indio no paga boleto”)

b. Meta a cantar pues (Augusto Roa Bastos, “Bajo el puente”)

c. “¡Dezde que nació eztoy meta y meta vivid! ¿Qué pretenden ezoz?” (Guille, de Mafalda)

d. El punto es que *Denis* está ahora al casarse con otro hombre, con Campi (a éste ya lo damos por conocido, que tampoco podemos estar toda la mañana meta y meta poner nombrecitos en Google) (Guadalupe Diego en el diario *Clarín*, 17/11/2006)

e. Pero cuando la Municipalidad necesita dinero, apostan unos agentes en una esquina poco conocida con el único fin de hacer boletas a los incautos vecinos acostumbrados a que los carteles están de adorno, y meta poner boletas... (Laura Lorenzo en *Bariloche 2000*, 25/10/2007)

f. Entonces iban a las piezas y meta poner discos de Gardel (Federico Merodio, declaraciones en Revista *El Archivo*, mayo 2007)

g. -¿Usted se lo imagina al monstruo venirse encima de uno y uno meta y meta hacer señas y darle a la sirena sin que el tipo te dé bola? (Susana Dillon, “El barco fantasma y su grumete”)

h. El Modelo Meiners: “Ningunear al Concejo y meta hacer nada” (titular en *Esperanza News*, 27/10/2011)

Vale la pena observar que *meta* carece de clítico y está en tercera persona, lo cual lo diferencia de *dale*. A partir de estos casos, puede concluirse que *meta* funciona básicamente como operador aspectual (cfr. Di Tullio 2006), en los ejemplos de (34.c-h), en la medida en que no media una preposición en su combinación con infinitivos. Obsérvese, no obstante, que el ejemplo de (34.a) muestra una primera aparición de *meta* seguido por la preposición *a* (que correspondería a una locución verbal, igual que 34.b), seguido por otra directa de *meta y meta*, por lo que podemos presumir que las mismas oscilaciones funcionales que hemos visto para el *dale* aspectual en el apartado 1.2 se verifican también con *meta*. Por lo demás, consideramos que el matiz modal reprobatorio también puede elicitar en varios usos de *meta* de (34), aunque nunca sea el valor semántico preponderante.

Meta puede combinarse también con nombres que tengan una posible interpretación eventiva, sea por ser deverbales (35.a), por ser intrínsecamente eventivos (35.c-e) o porque presuponen algún evento sin ser en sí eventivos, como en (35.b).

(35) a. Meta forcejeo, y el tipo con el guante por los ojos (J. Cortázar, “Torito”)

b. meta salto a la sogá y bife jugoso (J. Cortázar, “Torito”)

c. Meta señas, pibe, como los mudos (J. Cortázar, “Torito”)

d. Me acuerdo una vez después de un partido contra Estudiante, nos fuimo desde la lancha hasta el centro caminando, a pata, meta conga conga conga (R. Fontanarrosa, “Betito”)

e. Reír, cantar, beber, bailar,/ la vida alegre disfrutar,/ y meta, meta candombe, /meta candombe, meta nomás,/ la lonja resuena fuerte,/ resuena fuerte, cada vez más (Julio Sosa, “San Domingo”)

Siguiendo con las coincidencias, *meta* puede aparecer duplicado (35.e) o en frases locucionales como *meta y meta* (cfr. 34.c) o *meta que meta*, como se observa en los contextos de (36), perfectamente paralelos a los usos con *dale*. Esas frases parecen funcionar como locuciones adverbiales o interjecciones, cuando modifican directamente el sintagma verbal o la oración, como en (36.a), o como locuciones verbales, si se combinan con preposiciones, como en (36.b), que coincide con los ejemplos que involucran variantes de *dale* en (8-10):

(36) a. Y yo quiero que bailemos, que no se pare la joda/ Ay meta que meta meta, juntitos todos hasta que amanezca (Damián Córdoba, “Agitando”).

b. Los pibes, que a mí me llaman Viejo, hoy se miran al espejo, están meta que meta con el gel, salen a la cancha más pitucos (Hugo Gatti, declaraciones en *Olé*, 5/11/2014)

También es consecuente con lo que ya hemos observado para *dale* el hecho de que *meta* pueda funcionar como interjección que señala apuro (como en 37.a) o como fórmula de asentimiento (enfática y no neutra), como en (37.b), aunque ambos son usos un poco envejecidos actualmente:

(37) a. —¡Meta, estamos llegando tarde!

b. —¿Vamos al cine hoy?

—¡Meta!

Otra variante de *meter*, por su parte, es idéntica a *dale* desde el punto de vista formal: *metele* está en imperativo en la segunda persona de confianza e incorpora también el clítico dativo. Puede funcionar como interjección de ánimo (38.a) o apuro (38.b); con este último significado existe, además, un refrán (*metele que son pasteles*) y una expresión fosilizada (*metele pata*), con distintas frecuencias de uso.

(38) a. además pensé lo que yo le había dicho el otro día al Mono, “Mono, no seas boludo, ¿cómo te vas a arrugar por errar un penal?, metele carajo” (R. Fontanarrosa, “Puro fútbol”)

b. —Bueno, metele porque tengo que ir al cine con los chicos (programa “Artistas de la ciencia” de canal *Encuentro*¹²).

c. Metele que son pasteles (nombre de una murga uruguaya)

d. metele pata chiquito/ y esperame en el rincón (José Larralde, “Aguaterito”)

e. “Metalé, metalé yaguareté –gritaba el tucán, como si estuviera recontento—. Detrás de esa colina hay un monte, lo huelo.” (Cristina Macjús, “Metalé, don yaguareté”)

Como puede verse en (38.e), existe también la variante “de respeto” *métale* o *metalé* (para mayor énfasis, el acento suele recaer sobre el clítico, lo que nunca ocurre con *metele*).

Por su parte, *ponele* tiene un valor que se acerca al *dale* que funciona como marcador modal de “construcción de mundo” (como en 31-2). Su significado puede parafrasearse como ‘suponete...’, pero no se lo entiende como contrafáctico “puro”, sino como una alternativa más verosímil. Se lo utiliza a menudo con *que* (como muestra 39.a), pero, al contrario de lo que ocurre con el *dale* de “construcción de mundo”, también puede aparecer como marcador modal parentético, como en (39.b):

(39) a. —Yo ponéle que soy Balzac –le decía Arlt—. Pero vos sos Mallarmé (Ricardo Piglia, “Nombre falso”)

b. —Suponete... –enunció Hugo entrecerrando algo los ojos, acomodándose mecánicamente el bigote, corriendo un poco hacia el costado el sexteto de tazas de café que se amontonaba sobre la mesa de nerolite... que vos vas de viaje y llegás, ponele, a una isla del Caribe. Qué sé yo, Martinica, ponele, Barbados, no sé... Saint Thomas (R. Fontanarrosa, “El mundo ha vivido equivocado”)

Como en casos anteriores, *ponele* tiene como variante “respetuosa” la forma *póngale*.

(40) a. Lo alojan en un pabellón cualquiera... no sé... póngale que es el número siete (Eduardo Sacheri, *El secreto de sus ojos*)

12. Se puede leer el guión completo en http://www.encuentro.gov.ar/sitios/encuentro/programas/ver?rec_id=105599 [consultado el 26/4/2016].

b. “Ustedes lo tienen detenido por la cara”, le increpé. “Y, póngale que sí”, me contestó (*Los Andes*, 18/12/2011)

Además, *ponele* se está expandiendo rápidamente entre los jóvenes, como respuesta independiente a una pregunta o afirmación anterior, función que el *dale* de valor contrafáctico no podría cumplir:

(41) —¿Te gustó la obra?

—Ponele.

El significado del *ponele* como respuesta a una pregunta es ambiguo: no niega de manera tajante el enunciado precedente, pero relativiza su validez. Siempre presupone, por tanto, un contexto interaccional.

En suma, *meta* y *metele* cubren los usos generales y americanos de *dale* (aspectual/reprobatorio, aliento/ánimo, apuro, aprobación), mientras que *ponele* se emparenta con el *dale* rioplatense de “construcción de mundo”. A partir de esta revisión breve de las expresiones, parece claro que habría un patrón común de gramaticalización que les permite a los verbos “livianos” de tres argumentos expresar ciertos valores aspectuales y modales coincidentes, o al menos muy próximos.

5. *Dale que va*: lengua, memoria y cultura popular

A partir del recorrido seguido en este trabajo, hemos podido reconocer usos y significados diferentes del *dale*, asociados con valores aspectuales (iteración o persistencia) y modales, en relación sobre todo con el modo deóntico (ya que se remite a actos de habla como reprobación, ánimo, apuro, asentimiento, propuesta), y, en menor grado, epistémico (como el *dale* de “construcción de mundo” o incredulidad). En todos los usos hay un fuerte componente pragmático, que se explica por el origen de *dale* como forma verbal en imperativo de la segunda persona de confianza. Desde el punto de vista de su función gramatical, predomina el empleo de *dale* como interjección, pero también lo hemos visto funcionar como operador modal y aspectual o como locución verbal y adverbial. En suma, sin pretender haber agotado los sutiles matices de *dale*, sí espero haber enriquecido la insuficiente entrada del *DRAE* (repetida hasta el hartazgo en páginas web, foros y blogs que toman como norma inapelable lo que es en realidad una conjunción de desidia e hispanocentrismo), a partir de la descripción razonada y sistemática de los usos propios de América y, en particular, de la Argentina.

Me queda ahora una última observación que remite al punto de partida y que excede lo estrictamente gramatical. A partir de la existencia de “Cambalache” (1935), puede identificarse un conjunto de interpretaciones lexicalizadas de *dale nomás* y de *dale que va*. Esas interpretaciones se derivan de cómo están empleadas las frases en el mismo tango: un significado pragmático, muy “argentino” y difícil de parafrasear, pero que puede expresarse tentativamente por medio de frases igualmente idiosincráticas, como ‘ya que estamos...’, ‘adelante nomás’, ‘total, es todo lo mismo’, ‘así nomás’, ‘de cualquier manera’.

Una reseña sobre un libro titulado, precisamente, *¡Dale nomás! ¡Dale que va! Ensayos testimoniales para la Argentina del siglo XXI. Voces, ciudades y lenguajes*, discute los matices de las interpretaciones lexicalizadas de esas frases:

(42) La frase de Discépolo *¡Dale nomás! ¡Dale que va!* condensa el pesimismo extremo —son palabras de los editores— que viene a sintetizar un modo de actuar donde

“todo es posible” porque “todo vale” porque ya nada importa porque se vive permanentemente con el sentimiento de estar en “una crisis sin fondo y sin final”. Lo que la frase encarna es la debacle política y económica de una Argentina que ya no se puede pensar ni soñar bajo las coordenadas de los mitos de progreso que alguna vez se supo construir. La frase, sin embargo, también tiene otro sentido: la de seguir, no importa cómo, la de continuar a pesar de todo, la de no detenerse porque, de última, todo gira y gira (Laura Demaría, reseña)¹³.

En un rastreo por canciones, cuentos y novelas identificamos numerosas instancias de *Dale que va* que remiten a la interpretación desencantada e irónica de “Cambalache” (cfr. 43), aunque también se encuentra la contraparte más “literal” y optimista, como en la canción reproducida en (44):

(43) a. —¡Cigarrillo, cigarrillo! Dale que va: también pondería a la cárcel a lo fabricante de cigarrillos (Ernesto Sábato, *Abbadon, el exterminador*)

b. Tu naturaleza te quiere matar / Ojos con dos pupilas te van a matar / Dale que va / Estás frito, angelito (Redonditos de Ricota, “Estás frito, angelito”)

c. ¡Si así los han llevado a Vietnam, a Corea, a la Segunda Guerra, querido! ¡Como corderos! Les dicen te damos una gorra y una escopeta y ellos felices, dale que va... (R. Fontanarrosa, “Medieval Times”)

d. Vos sabés lo que es el estilo, estás ahí y cuando hay que hacer una cosa vas y la hacés sobre el pucho, no como esos que la empiezan a zapallazo limpio, dale que va, arriba abajo los tres minutos (J. Cortázar, “Torito”)

e. Dale que va: sin boletín y sin aplazos (titular del *Diario de Luján*, 16/9/2014)

(44) Si la vida no da tregua, si la lucha se hace eterna/ Dale que va, dale que va, dale que va/ Si los sueños no te sueñan/ Si el pasado no es color azul/ Dale que va, dale que va, dale que va/ Si la fila no termina, para recoger las migas/ Dale que va, dale que va, dale que va/ Siempre pa’ delante, nunca pa’ tras (Pablo Tamagnini, “Dale que va”)

Estos ejemplos con *dale que va* no son excepcionales. El vocabulario argentino incluye palabras y frases lexicalizadas con significados peculiares cuyo origen debe rastrearse en diversas obras artísticas y que conservan el “aliento” de la obra original. Esas palabras y frases funcionan al principio como citas que articulan una experiencia cultural común, pero luego se va perdiendo la referencia y muchas veces los hablantes las repiten sin ser conscientes de su contexto de producción original. Así, por ejemplo, hay hablantes que emplean el *Dale que va* en contextos irónicos como los de (42), pero desconocen el tango de Discépolo; se han apropiado de su significado idiosincrático a través del uso de otros hablantes, para lo cual no necesitan recurrir a la fuente primera.

Este fenómeno se percibe en diversas palabras y frases que componen el vocabulario argentino y que provienen de distintas manifestaciones de la cultura popular (sobre todo la música, el humor, la televisión, la literatura). Si nos centramos solo en las incorporaciones léxicas de las últimas décadas, encontraremos una serie de palabras simples: *avivato*, *mulatona*, *cholulo*, *manolito*, *susanita* (por diversas tiras cómicas), *mateo* (Armando Discépolo), *chirilota* (por el dúo Chasman y Chirilota), *manochanta* (Olmedo), *patapúfete* (Pepe Biondi), *Sumbudrule* (*Sucutrule*), *fabulósico* (Carlitos Balá), *figuretti* (Freddy Villarreal), *¡Atrás!* (Antonio Gasalla). Algunas de estas formas surgieron como neologismos creados por actores, historietistas o escritores; en ciertos casos, advertimos procesos metonímicos, en que el nombre propio de un personaje idiosincrático termina refiriendo a toda una clase conceptual y se codifica, por lo

13. Demaría, Laura, 2007. “Reseña sobre ¡Dale nomás! ¡Dale que va! Ensayos testimoniales para la Argentina del siglo XXI. Voces, ciudades y lenguajes” de Cristian Ricci y Gustavo Geirola”, *Revista Hispánica Moderna*, 60, 1, pp. 117-119.

tanto, en un nombre común. También aparecen listadas frases complejas, que a menudo adquieren el funcionamiento de refranes, con un valor pragmático que rebalsa ampliamente el significado “literal” de la combinación: *la Biblia y el calefón* (también de “Cambalache”), *good show* (Tato Bores), *el reino del revés* (María E. Walsh), *un kilo y dos pancitos, ¿qué gusto tiene la sal?*, *Mirá cómo tiemblo* (Carlitos Balá), *barrilete cósmico* (V.H. Morales), *¡Qué suerte para la desgracia!* (Pepe Biondi), *¡Qué lo parió, Mendieta!* (R. Fontanarrosa), *¡Éramos tan pobres!* (**Olmedo**), *Aunque no lo veamos, el sol siempre está* (Marilina Ros), *La historia la escriben los que ganan* (Eduardo Mignona), *La alegría no es solo brasilera* (Charly García).

Si bien estas palabras y frases se utilizan sobre todo en el habla coloquial, se filtran continuamente a géneros escritos de registros formales. En muchas identificamos el matiz irónico o lúdico que Di Tullio (2014) postula como uno de los efectos que tuvo, en conjunción con el carácter socarrón del criollo, la influencia italiana en la variedad rioplatense del español. Se evidencia, así, un proceso complejo: hay una apropiación de elementos significativos de ciertas obras artísticas (palabras, frases, personajes o situaciones), que se codifica en la lengua; esa codificación lingüística permite, a su vez, que esos elementos perduren a través de las generaciones en la memoria popular. La realimentación entre lengua, memoria y cultura popular encuentra en esas palabras y frases una de sus mejores ilustraciones.

Bibliografía

- » Acquarone, C. y A. Gil (2012). “Dos marcadores en el español coloquial del Uruguay: *dale y ta*”. En García Negroni, M.M. (coord.), *Actas del II Coloquio Internacional Marcadores del discurso en lenguas románicas: un enfoque contrastivo*, Buenos Aires, Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras (Universidad de Buenos Aires).
- » Company Company, C. (2004). “¿Gramaticalización o desgramaticalización? El reanálisis y subjetivación de verbos como marcadores discursivos en la historia del español”, *Revista de Filología Española* 84, 1, pp. 29-66.
- » Di Tullio, Á. (2006). “Auxiliares y operadores aspectuales en el español rioplatense”, *Signo & Seña*, 15, pp. 267-285.
- » ——— (2011). “Enunciados ecoicos focalizados en el español rioplatense”. En González, M. y C. Píppolo (comps.), *Español al Sur*. Montevideo, Consejo de Formación en Educación / Departamento Nacional de Español, pp.23-34.
- » ——— (2014). “El italianismo como gesto transgresor en el español rioplatense”, Kornfeld, L. (ed.), *De lenguas, ficciones y patrias*, Los Polvorines, UNGS, pp. 103-122.
- » Jakobson, R. (1988) [1960]. “Lingüística y poética”. En *Ensayos de lingüística general*, Madrid, Cátedra.
- » Kornfeld, L. (2014). “Lecturas alternativas del futuro. Usos y significados de la perífrasis *ir a + infinitivo*”, *Traslaciones* (Revista de la Cátedra Unesco), pp. 8-29.
- » Landone, E. (2009). *Los Marcadores del Discurso y la Cortesía Verbal en Español*. Berna, Peter Lang.
- » RAE (2010). *Manual de la Nueva Gramática de la Lengua Española*. Madrid, Espasa Calpe.
- » RAE (2014). *Diccionario de la Lengua Española*. Madrid, Espasa Calpe.
- » Vidal de Battini, B. (1964). *El español de la Argentina*. Buenos Aires, Consejo Nacional de Educación.

